

Octubre, 1934

# LA REVOLUCION DE ASTURIAS

DAVID RUIZ



El general López Ochoa dirigió las tropas enviadas por el Gobierno contra los revolucionarios de Asturias. Tras ocho días de asedio y dominación por parte de éstos, la columna de López Ochoa consiguió ocupar el centro de Oviedo. En la foto superior, los legionarios entrando en el casco de la ciudad.





**C**OINCIDIENDO con los primeros síntomas de recuperación tras la depresión económica originada por la crisis de 1929, 1934 fue un año de agitaciones sociales en Europa Occidental. Tal vez haya que considerar aquella efemérides como la culminación de un período que había abierto la revolución bolchevique en 1917, ateniéndose al obrerismo que caracterizó a las insurrecciones antifascistas —Mussolini se había consolidado en Italia, Hitler llegaba al poder a comienzos de 1933— que se registraron desde Viena a Asturias, pasando por los disturbios de la capital francesa, envuelta en el escándalo Stavisky.

La localización de los movimientos subversivos en espacios geográficos muy reducidos, la resistencia tenaz que demostraron

los trabajadores y la firme voluntad de cambio que su lucha implicaba, recordó a millares de militantes la gesta protagonizada más de medio siglo antes por el proletariado de París en la Comuna, precisamente cuando la historia del movimiento obrero rozaba el umbral de una etapa que le abría nuevos horizontes: la alianza de las clases trabajadoras con las capas más progresivas de la pequeña burguesía; la gestación, en suma, de los Frentes Populares.

En el caso español, tanto para que el viejo problema de la unidad obrera se resolviese en sentido favorable como para que su influencia política se ejerciera sobre la izquierda burguesa, hubo que pasar por la experiencia revolucionaria de octubre, en la que sobresalló la actitud mantenida por el

proletariado asturiano durante quince días y que, como ya es conocido, acabó con una terrible represión sobre los trabajadores.

### DESIGUAL INTENSIDAD DEL MOVIMIENTO A ESCALA NACIONAL

El comienzo de la agitación coincidió con la participación en el gobierno de la CEDA (**Confederación Española de Derechas Autónomas**). Las declaraciones de Gil Robles, su líder, en este sentido fueron consideradas como provocación fascista por las Alianzas Obreras previamente establecidas, aprestándose a combatir extraparlamentariamente al nuevo gobierno compuesto por radicales y cedistas. Sin embargo, la reacción del proletariado no fue en modo alguno uniforme. En general, las zonas rurales del centro y del sur apenas se movilizaron, puesto que las masas de campesinos sin tierra llegaron agotadas a octubre tras sucesivos levantamientos promovidos por la fracción extremista del anarquismo durante los tres primeros años de la República, a la que se sumó en junio de 1934 la huelga de la cosecha desencadenada por la izquierda socialista a raíz de apoderarse de la dirección de los sindicatos campesinos.

En las regiones más urbanizadas, la actitud de los asalariados industriales demostró un mayor nivel de combatividad. No obstante, también en aquéllas fue posible percibir distintos niveles de rechazo del orden establecido: mientras algunos sectores profesionales o algunos núcleos locales no superaron el nivel correspondiente a la abstención en la producción —la huelga pasiva—, otros emprendieron la vía de la insurrección armada enfrentándose abiertamente con las fuerzas gubernamentales. Pero la cota más alta del movimiento de octubre se registraría en aquellos lugares en donde, tras el éxito inicial de la insurrección armada, fueron creadas nuevas formas de organización social como alternativa a las relaciones capitalistas de producción dominantes. Fue este contenido subversivo uno de los aspectos que aportaron mayor originalidad al octubre español: por vez primera, en puntos dispersos del territorio nacional se realizaba, aunque efímera y de modo embrionario, una revolución socialista.

Sobre estos supuestos, carece de relieve

la agitación social que recorrió Cataluña entonces, porque, al no participar la inmensa mayoría de los sindicatos de obediencia anarquista, la dirección del movimiento fue asumida por el nacionalismo pequeño-burgués, enfrentado desde tiempo atrás con el gobierno conservador centralista, que proyectaba recortar las libertades autonómicas concedidas por el gobierno de coalición de la izquierda burguesa y los socialistas en 1932. En la ciudad de Barcelona, al no acudir a la cita los anarquistas, la fuerza armada de la Generalitat acabaría en cuestión de horas con la revuelta. La resistencia catalana fue mayor en aquellos núcleos fabriles en que la influencia faísta sobre los sindicatos de la CNT se había deteriorado después de los repetidos fracasos de la vía insurreccionalista durante el primer bienio republicano, habiéndose transferido a manos de los socialistas —de la UGT— la hegemonía sindical. Este fenómeno, sumado a la participación de los "rabbañaires" descontentos, potenciaría la insurrección en Sabadell, Tarrasa, Villanueva y Geltrú, Manresa, Granollers y Reus, principalmente.

En cambio, en el País Vasco, el nacionalismo no asumió ni mucho menos el papel dirigente que jugó el catalanismo en Barcelona, por lo que en la práctica la iniciativa pasó a manos de las organizaciones obreras. En Vizcaya, la disposición de las masas para la acción insurreccional no estuvo acompañada de la preparación material correspondiente; al carecer de armas, la movilización de los trabajadores de la orilla izquierda de la ría del Nervión se redujo a una agitación huelguística que duró varios días. En Guipúzcoa se registró un mayor grado de tensión social en puntos como Pasajes y especialmente en Eibar, en donde la cualificación técnica de los trabajadores de las fábricas de armas les permitió el abastecimiento temporal de municiones, y en Mondragón, en donde procedieron a la ocupación de fábricas.

La agitación se produjo también más hacia el Oeste de la franja cantábrica. Contenidos a tiempo por las fuerzas del gobierno los brotes subversivos de las provincias de Santander (Nueva Montaña, Torrelavega, Reinosa) y Palencia (Barruelo de Santullán y Guardo), los planes insurreccionales revistieron mayor peligrosidad en la cuenca minera leonesa. En ésta, fracasado el objetivo inicial de dominar la



Edificios como el Instituto de Enseñanza Media (arriba) y la Audiencia quedaron destruidos a consecuencia de la acción de los cañones y la dinamita. El bombardeo de la capital asturiana comenzaría el 6 de octubre de 1934.



Según una nota del Ministerio de la Guerra, hecha pública el 21 de octubre de 1934, las armas ocupadas a los rebeldes en los primeros días fueron dos cañones, doce ametralladoras, catorce fusiles-ametralladoras, tres mil quinientas armas largas y numerosas armas cortas. En la foto superior, fusiles procedentes de la fábrica de Oviedo recogidos en la cuenca minera; abajo, un rudimentario carro blindado y diversos cañones, asimismo requisados.

capital de la provincia, la lucha se profundizó a escala local, alcanzando enorme virulencia: fueron ocupados los edificios de la administración local y asaltados los cuarteles de la Guardia Civil, surgió con gran celeridad un "ejército popular" en Sabero, y se apuntó el establecimiento de una "economía de guerra" en Bemibre, manifestaciones que, entre otras, anunciaban el rumbo de los acontecimientos al otro lado de la cordillera Cantábrica.

## EN ASTURIAS, GUERRA Y REVOLUCION SOCIAL

La realización de la unidad entre los trabajadores y la mayor preparación material de la insurrección son los principales factores que explican las jornadas del octubre asturiano.

A diferencia del resto del país, las organizaciones regionales, sindicales y políticas habían aceptado el programa de las Alianzas Obreras y se habían constituido como tales desde marzo de 1934. El proyecto de la Alianza Obrera había tomado cuerpo en Cataluña desde finales del año anterior entre los cuadros del grupo comunista disidente de la III Internacional, proyecto que se extendería posteriormente a Madrid, siendo incorporado por la izquierda del Partido Socialista, encabezada por Largo Caballero, tras la victoria de la CEDA en las elecciones de noviembre de 1933. La adhesión a las alianzas por parte de los comunistas vinculados a la III Internacional (PCE) y de la CNT fue lenta y laboriosa. No obstante, el Partido Comunista consiguió superar el sectarismo táctico que le había comunicado el estalinismo sumándose a la organización unitaria en las vísperas de la insurrección. Los anarquistas, en cambio, rechazaron una y otra vez formar parte de ella en todo el territorio nacional, con la excepción de los militantes asturianos, cuya actitud culminaba una trayectoria de aproximación a comienzos de la segunda década del siglo. De hecho, solamente los no muy numerosos efectivos del Sindicato Católico enclavado en la cuenca del Aller permanecieron al margen de la corriente unitaria.

La preparación material del movimiento se vio facilitada en Asturias por la presencia de dos importantes fábricas de armas, de fusiles y ametralladoras en Oviedo, y de cañones en Trubia, aparte de las posibilida-

des del empleo de la dinamita por los mineros y del armamento que pudo ser salvado del alijo del **Turquesa** tras el desembarco de este vapor en la ría de Pravia.

A todo ello se sumaba, naturalmente, la firme voluntad de cambio y la decidida oposición al fascismo o parafascismo que a los ojos de los trabajadores la llegada al poder de la CEDA implicaba, tema que contribuyó a difundir ampliamente el diario socialista "Avance", dirigido entonces por la popular figura del periodista Javier Bueno.

Aunque casi toda la región asturiana se vio afectada por el movimiento de octubre, en realidad el escenario de las operaciones no sobrepasó un radio de treinta kilómetros en torno a Oviedo, situándose los centros de gravedad y las bases de partida en las cuencas mineras y constituyéndose en Mieres, La Felguera y Sama de Langreo los principales focos de irradiación. Fue en estos tres núcleos en donde, durante la madrugada del 5 de octubre, se puso en marcha la máquina de la rebelión que iba a lanzar a casi cincuenta mil obreros a la lucha por la realización de un mundo nuevo:

"Aquellos cíclopes —escribiría poco después un dirigente comunista— saldrán esta noche y mañana de las entrañas de la tierra, y con sus barrenos, con sus picos, con sus cartuchos de dinamita, intentarán hacer saltar la Historia" (1).

Durante la primera semana de lucha, la iniciativa fue de los rebeldes. Desde las primeras horas del día 5, los trabajadores iniciaron la ofensiva contra los cuarteles de la Guardia Civil emplazados a lo largo de las cuencas mineras, al mismo tiempo que se apoderaban de los edificios municipales. En el primer impulso consiguieron reducir veintitrés cuarteles, adueñándose prácticamente de la situación en los valles del Nalón y del Caudal, a pesar de la obstinada resistencia que ofrecieron algunos. Acto seguido, en la mañana del mismo día 5, salía desde Mieres la primera columna armada hacia la capital regional, dirigida por el líder socialista Ramón González Peña, expedición que no obtuvo el éxito esperado, porque el apoyo previsto de los suburbios de Oviedo fue neutralizado por la Policía gubernamental tras la declaración oficial del estado de guerra. Ante la nueva situación creada, no quedó otra alternativa a los insurrectos que

(1) Joaquín Maurín: "Revolución y contrarrevolución en España". París (reedición de "Ruedo Ibérico"), 1966. Pág. 149.



El periodista Javier Bueno, director del diario socialista ovetense "Avance", fue detenido por fuerzas gubernamentales inmediatamente después de dar comienzo la lucha. Retenido tres días en el Gobierno Civil de Oviedo, pasó después a un cuartelillo de los guardias de Asalto hasta su ingreso en la prisión de Cangas de Onís, Javier Bueno muestra en la fotografía las señales de las torturas sufridas en sus brazos.

enfrentarse al Ejército regular de la guarnición urbana, librándose la primera batalla en La Manzaneda, colina situada al Sur de la ciudad, en donde, tras seis o siete horas de lucha encarnizada, los efectivos del gobierno fueron totalmente desbordados.

La victoria de La Manzaneda abrió las puertas de la vieja capital del Principado al Ejército revolucionario, desplazándose los combates al interior de la ciudad. Aquel éxito inicial acrecentó, además, la moral combativa de los rebeldes, que se tradujo en la intensificación de los asedios y dominación total de los cuarteles de la Guardia Civil que aún resistían, y, sobre todo, en el balance favorable que arrojó la lucha contra el Ejército que, al mando del general Bosch, había enviado el gobierno por el sur. Las tropas de Bosch atravesaron el puerto de Pajares, pero no solamente fueron detenidas, sino fijadas al terreno en Campomanes durante largas jornadas.

La explicación del triunfo inicial no es-

tribó tanto en el factor sorpresa, puesto que era suficientemente conocida la inminencia de la revuelta, como en la organización y táctica aplicada sobre un espacio geográfico conocido por los revolucionarios. Desde los primeros momentos funcionó en Mieres un Comité de Guerra, responsabilizado de enviar a los frentes grupos armados de diez a quince hombres a las órdenes de militantes designados con anterioridad a la sublevación, y que constituyeron el incipiente "ejército rojo", en el que la participación de militares profesionales fue casi nula; el sargento Vázquez fue la excepción.

Junto a las tareas estrictamente militares, el Comité de Guerra coordinó el funcionamiento de los servicios médicos, estableciendo hospitalillos de urgencia, y también los transportes, procediendo a la requisita de automóviles y camiones y adaptando a las necesidades bélicas los ferrocarriles existentes, controlados por los cuadros de los Sindicatos ferroviarios, en orden al aprovisionamiento de armas y víveres a los combatientes de los dos frentes, el de Oviedo y el de Campomanes.

En estrecha dependencia con las necesidades militares, el Estado Mayor de la Revolución en Mieres esbozó la aplicación de una "economía de guerra", procediendo a la incautación y control obrero de la importante planta siderúrgica local, al mismo tiempo que en algunos yacimientos mineros, tras interrumpirse la extracción, se continuó con las labores de conservación. La **Fábrica de Mieres** abasteció de municionamiento pesado al frente de Campomanes. Hubo también innovaciones de importancia en lo que se refiere a la alimentación: los Comités de Abastos de la cuenca del Caudal decidieron efectuar un reparto de las existencias proporcionalmente al número de componentes de cada familia. Tras la solemne proclamación por la que se suprimía la propiedad privada y la moneda como instrumento de cambio, se institucionalizaron los vales expedidos por los correspondientes comités.

La revolución de inspiración marxista que irradió del foco insurreccional de Mieres tampoco olvidó la vigilancia de los posibles brotes contrarrevolucionarios en el territorio dominado durante la primera semana. A este propósito, y con el fin de evitar sabotajes en los depósitos de armas, en las comunicaciones y, en definitiva, con el objeto de mantener el "orden nuevo" que



Al mando del general López Ochoa se hallaban en Asturias (de derecha a izquierda del lector) el comandante Antonio Alcubilla (jefe de la VI Bandera de la Legión), el teniente coronel Juan Yagüe (jefe de la columna de Africa), el capitán Manuel Gener López (jefe del III Tabor de Regulares) y el capitán Gonzalo Ramajos (jefe de la V Bandera). Abajo, guardias civiles hechos rehenes en las zonas mineras y liberados por las tropas gubernamentales.





Los cuerpos de los revolucionarios muertos se incineraban así en el horno del Parque de Limpiezas de Oviedo.

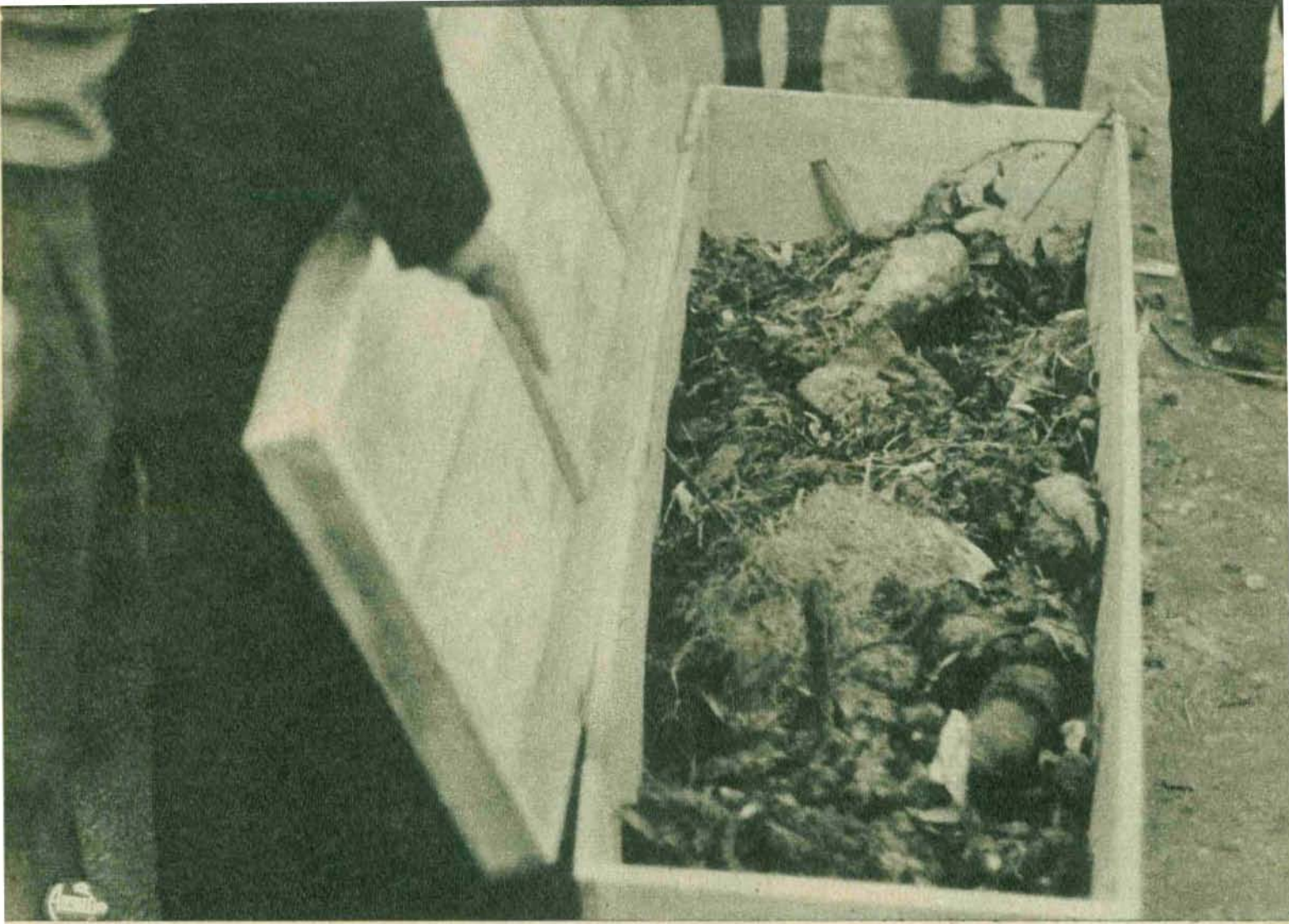
se gestaba, fue creada la "Guardia Roja", nutrida por jóvenes militantes socialistas y comunistas, especialmente preocupados por neutralizar las actividades del lumpen entreverado en las filas de los "puros" de la revolución. Este fenómeno se registró particularmente en Oviedo, cuando llegaron las masas de las cuencas mineras y se escuchó el estruendo de las explosiones de dinamita provocando el pánico en las calles y el subsiguiente abandono por el vecindario de los establecimientos comerciales. Pero no obstante el propósito decidido de los principales cuadros dirigentes de velar por la "pureza revolucionaria", a escala local se cometieron excesos: algunos dirigentes empresariales y miembros del clero fueron las principales víctimas de la represión sangrienta.

### LA REVOLUCION LIBERTARIA

El alto grado de unidad que caracterizó al octubre asturiano se observó principalmente en la voluntad política inicial de los cuadros y en la lucha que la base mantenía en

los diferentes escenarios. Las noticias que al final de la primera semana llegaban a Asturias, anunciando la derrota sufrida o la pasividad del resto del proletariado español, agrietaron la unidad realizada por arriba, en el nivel del Comité Ejecutivo de la Alianza Obrera, compuesta por representantes del Partido Socialista (González Peña, Belarmino Tomás, Amador Fernández, Bonifacio Martín), de la CNT (José María Martínez, Horacio Argüelles, Avelino Entrialgo), comunistas (Manuel Grossi, Marcelino Magdalena, José Prieto) y una representación de las combativas Juventudes Socialistas. La crisis fue planteada por los socialistas, que constituían la fracción hegemónica, sobre la base de la inutilidad de continuar la lucha, habida cuenta del aislamiento a que había quedado reducida la región asturiana, sobre la que el gobierno volcaba desde el día 7 una guarnición tras otra. La caída de Gijón contribuyó también, evidentemente, al abandono de la lucha por parte de los dirigentes socialistas.

La derrota del proletariado gijonés no dejó de constituir una sorpresa, en contras-



Restos de cadáveres son introducidos indiscriminadamente en cajas de madera antes de efectuar su entierro.

te con la resistencia ofrecida por el de las cuencas mineras. El caso de Gijón, en donde la CNT mantenía desde sus orígenes una hegemonía indiscutible, ilustra acerca de la desigual correlación entre voluntarismo y preparación revolucionaria y que en octubre no estuviera a la altura de las circunstancias. La insurrección se produjo más tarde que en las cuencas y cometió errores tales como centrar su acción bélica en el levantamiento de barricadas para la defensa de los barrios obreros (Cimadevilla, Pumarín, La Calzada, El Llano), que fueron fácilmente desarticuladas por el bombardeo de las unidades de la Armada que llegaron sucesivamente a El Musel. La resistencia solamente duró tres días; al cuarto, la ciudad era dominada y las tropas gubernamentales emprendían la marcha sobre Oviedo.

El problema del armamento fue el más acuciante para los trabajadores gijoneses, que, de hecho, lo esperaron todo de la ocupación de la Fábrica de Oviedo, que no se produjo hasta el día 9. Mientras, se observó entre la vanguardia ácrata local cierta propensión a anteponer la plasmación de los

ideales —“en el espacio de dos días —se afirmaría poco después— se estableció y funcionó el comunismo libertario”— a la más rutinaria organización material del movimiento.

La experiencia que los anarquistas desarrollaron en el también viejo feudo de La Felguera arrojaría un balance más positivo. Su contribución a la lucha general se diversificó entre el envío de hombres al frente de Oviedo y el trabajo de mantenimiento y producción de la siderúrgica local; de la **Duro-Felguera** salieron en pocos días diez camiones blindados y una locomotora.

En otro orden, también se esforzaron por la realización de la utopía por medios pacíficos desde los comienzos de la insurrección. Pero la resistencia ofrecida por la Guardia Civil de La Felguera forzó a los libertarios a volar el cuartel con cargas de dinamita. En cuanto a los proyectos de nueva organización de la sociedad, en su primer manifiesto proclamaban la abolición del dinero “al quedar lo mismo la propiedad privada”, y convocaban a una asamblea popular en donde “el pueblo sería orientado debida-



El interior de la Universidad ovetense resultó enormemente dañado a causa de las explosiones habidas durante el conflicto. He aquí el aspecto del patio que rodea la estatua dedicada al inquisidor don Fernando de Valdés Salas.

mente". Durante la misma fueron ratificados en sus puestos los componentes del Comité —todos ácratas—, proclamándose el comunismo libertario: se decretaba la socialización de todos los medios de producción y, naturalmente, se suprimía el Estado. Durante los primeros días, para centenares de militantes, la experiencia de La Felguera, en la que parecían conciliarse el espontaneísmo revolucionario y la organización, venía a colmar las aspiraciones mantenidas durante largos años de lucha reivindicativa.

Sin embargo, las condiciones en que tuvo que desenvolverse —urgencias bélicas, proximidad del enemigo, escasez de alimentos y de medicinas, etcétera— no fueron evidentemente las más propicias para poner en práctica una organización social de nueva planta, que, por otra parte,

aún estaba pendiente de clarificación teórica en el seno del anarquismo español. En el capítulo de la alimentación, por ejemplo, la dura realidad obligaría a los comités libertarios a adoptar decisiones de carácter netamente autoritario, eclipsándose la utopía apenas vislumbrada.

## LA RETIRADA

El día 11 señala el final de la primera fase de la revolución en Asturias. La caída de Gijón permitió el desembarco de las tropas africanas, al mismo tiempo que la columna del general López Ochoa, comandante supremo del gobierno en Asturias, iniciaba la penetración en Oviedo al frente de todo el conjunto.

Simultáneamente se producía la crisis

Vale por cuarenta y cinco  
mantas.



Vale

por una manta y gineza



El C. R.

Vale por 1 blusa

El Comite Revolucionario



Marcé Chaves

Vales concedidos por la "Alcaldía Constitucional de Oviedo" que sustituían al dinero. El Estado Mayor de la Revolución, ubicado en Mieres, proclamaría solemnemente la supresión de la propiedad privada y la moneda como instrumento de cambio, institucionalizando los vales para consumo otorgados por los comités revolucionarios.

del primer Comité Provincial Revolucionario, al que anteriormente hemos aludido. Durante aquella noche, miembros del primero y de otros comités locales optaron por la huida; fue en este trance cuando fueron asaltadas diversas entidades bancarias con el fin de obtener fondos para sobrevivir a través de las rutas clandestinas. Sin embargo, se registró un fenómeno inesperado: el vacío dejado por el Comité fue ocupado transitoriamente por nuevos militantes, comunistas en su inmensa mayoría, que se pronunciaron por continuar la lucha. Ante la presencia masiva del enemigo, de nuevo las calles de Oviedo se convirtieron en escenarios amplificados de lucha encarnizada. Una innovación en los métodos empleados se produce también en los comienzos de esta segunda fase: la aparición por vez primera de la guerrilla urbana moderna, en contraste con la barricada ya tradicional. "Los comunistas —observará el folklorista local Aurelio del Llano— no luchan de esquina en esquina, sino de casa en casa". Durante algunas jornadas, la resistencia de los rebeldes en Oviedo continúa. A ello contribuyó la afluencia sobre la capital del Principado de refuerzos procedentes de la zona occidental, principalmente de Grado, después de ser reducida esta villa por López Ochoa, y de Trubia, que continuó apoyando la lucha en Oviedo hasta su ocupación por el teniente coronel Yagüe el día 17.

Para entonces, el grueso de las fuerzas rebeldes, en trance de agotar no las armas, pero sí las municiones, se había desplazado hacia el interior, a la cuenca del Nalón, constituyéndose en Sama de Langreo el último Comité Provincial.

Así como en La Felguera predominó siempre la influencia anarquista sobre la socialista, en Sama, situada a escasa distancia, la correlación de fuerzas era inversa. Aquí la revolución fue anunciada en la madrugada del 5 mediante una tremenda explosión de dinamita, y el combate entablado con la Guardia Civil arrojó un saldo de más de sesenta muertos. Las medidas revolucionarias en el orden social fueron menos innovadoras que en otros focos de la insurrección; el Comité de Sama tomó la decisión, entre otras, de que "los señores industriales" mantuvieran abiertos los comercios según el horario establecido bajo el antiguo régimen, "de nueve a una y de cuatro a siete", permitiendo a la población efectuar sus compras como de ordinario,

"con libreta, dinero o vales". Se autorizaba asimismo el descanso los domingos por la tarde.

Los socialistas de Sama estuvieron más interesados en la guerra que en la revolución social. Durante semana y media enviaron constantes refuerzos a Oviedo y al frente de Campomanes, hasta que fue decidida la retirada. Esta se llevó a cabo a lo largo del primer tramo de la cuenca del Nalón, favoreciendo las operaciones de los resistentes la angostura del valle. Llegado el momento, el tercer Comité Provincial constituido en Sama optó por poner fin al movimiento en las mejores condiciones posibles para los trabajadores. A tal fin, el Comité delegó en el veterano socialista Belarmino Tomás la misión de negociar la rendición con el general en jefe López Ochoa.

La entrevista que ambos mantuvieron constituyó un insólito espectáculo nacional, que exasperó a los sectores más conservadores del país, considerando el gesto del general como una debilidad imperdonable. De hecho, el líder obrero arrancó del general el compromiso de impedir que fueran las temidas tropas africanas —las de Regulares y el Tercio de la Legión— las que penetraran en vanguardia en las cuencas, a cambio de la deposición de las armas por parte de los insurrectos. Tras la entrevista fue hecho público el último manifiesto de octubre, en el que los dirigentes del Comité encarecían el retorno al trabajo al mismo tiempo que se consideraba el final de los acontecimientos como "un alto en el camino", porque —como también se decía— "al proletariado se le puede derrotar, pero jamás vencer".

El general López Ochoa cumplió su palabra, pero ello no significó la vuelta automática a la normalidad. Sobre Asturias dio comienzo una intensa y prolongada represión que abarrotó las cárceles con millares de trabajadores. Desde entonces hasta los comienzos de la guerra civil, el tema de octubre, considerado en su doble vertiente —revolución y represión—, consumirá miles de horas de discusión a todos los niveles y toneladas de tinta; bajo su bandera se reanudarán con mayor facilidad los lazos de unidad que culminarán en el Frente Popular. Las organizaciones obreras unidas a la izquierda burguesa triunfarán en esta ocasión por la vía política en las elecciones de febrero de 1936. ■ D. R. (Reportaje gráfico: ALFONSO.)



Tras el sofocamiento de la revolución, sobre Asturias dio comienzo una prolongada represión, que abarrotó las cárceles con millares de trabajadores. Numerosos dirigentes revolucionarios fueron detenidos (foto superior), dictaminándose continuas sentencias de muerte, que, según fuentes oficiales, alcanzaban el número de veintidós a primeros de noviembre. Abajo, familiares de los presos hacen cola esperando visitar a los detenidos.